

Realismo y neurología: aportaciones neuroliterarias en las novelas espirituales *Nazarín* y *Halma* de Benito Pérez Galdós

L. C. Álvaro González

Servicio de Neurología. Hospital de Basurto, Bilbao, España.

Departamento de Neurociencias. UPV/EHU, Vizcaya, España.

Trabajo presentado parcialmente como ponencia en la Reunión Anual de la Sociedad Española de Neurología de noviembre de 2020.

RESUMEN

Introducción y objetivos. Galdós (1843-1920) es el miembro español más destacado del realismo literario, caracterizado por una transcripción fiel, en espejo, de escenarios, ambientes y lenguaje. Este estilo se adopta como una herramienta de denuncia de las grandes carencias sociales, en las que la enfermedad y los trastornos neurológicos juegan un importante papel.

Métodos. En esta revisión se muestra de modo sucesivo: 1) las descripciones realizadas hasta el momento de la patología neurológica en sus novelas contemporáneas; 2) un análisis nuevo de los hallazgos en *Nazarín* y en *Halma*, dos novelas contemporáneas espirituales clave; 3) una discusión de la enfermedad en el conjunto de su obra, de su papel narrativo y de sus fuentes.

Resultados. En los análisis anteriores se habían descrito diversos trastornos del grupo de cefaleas, epilepsia, alteraciones del sueño, trastornos del movimiento, tóxicos (alcoholismo) y enfermedades cerebrovasculares. En el presente estudio de *Nazarín* y de *Halma* se han hallado, en la primera, síndromes confusionales, fiebre tifoidea con sepsis, pseudocrisis ("histrionismo") y deformidades en forma de acondroplasia; en *Halma*, un diagnóstico forense de "monomanía epiléptica" para describir trastornos impulsivos de conducta de cariz religioso místico que tiene criterios de síndrome de Gastaut-Geschwind, un infarto medular con paraplejía, alteraciones de memoria seniles y nuevas pseudocrisis.

Galdós demuestra amor por la ciencia y denuncia el curanderismo vigente en la España profunda de su tiempo. Los médicos aparecen perfilados con respeto y cariño, como un elemento que dignificaba la vida miserable y trágica de sus criaturas literarias, que son espejo de su tiempo. La teoría degenerativa, el evolucionismo o la higiene pública impregnan la obra del escritor. Para su conocimiento y descripciones detalladas fueron fuente varios libros específicos e información de amigos médicos prestigiosos de diversos ámbitos de Madrid, que como Gregorio Marañón le acompañaron hasta el mismo momento de su muerte.

PALABRAS CLAVE

Benito Pérez Galdós, historia de la medicina, historia de la neurología, realismo y neurología, monomanía epiléptica, síndrome de Gastaut-Geschwind

Introducción

El realismo literario se fija como objetivo reflejar la realidad del autor, tal como indicara Stendhal, en una imagen especular, simulando la de un espejo que, colocado en un camino, se desplazara y fuera reflejando

el ambiente que le rodea, con especial atención a las criaturas humanas. Estas serían las protagonistas de un mundo moderno en ebullición y cambio, lleno de carencias y sufrimiento. Así que la enfermedad no podría estar ausente de estos escenarios, y con ella los trastornos neurológicos y los médicos que los atienden,

en escenarios sanitarios tan reales como el camino especular del mundo estendaliano. En nuestro país, el representante más notable del realismo es el escritor canario Benito Pérez Galdós. Con el fundamento que acabamos de mencionar, es previsible hallar trastornos neurológicos diversos en su obra. Esta hipótesis ya había sido testada en varias novelas contemporáneas suyas, cuyos hallazgos resumimos aquí. En continuidad con los mismos, se estudian en este artículo las dos novelas espirituales más importantes de este autor: *Nazarín* y *Halma*. Con el fin de guiar al lector, se introducen conceptos sobre el realismo literario, se ofrecen datos biográficos básicos de interés a efectos de nuestro estudio y se realiza un análisis de los hallazgos y papel de la enfermedad en la novelística galdosiana teniendo en cuenta sus fuentes, el momento histórico de la medicina y de la ciencia en vida del autor y la influencia de diversas teorías científicas a la sazón en boga, como la degenerativa y la evolutiva. Así, el lector irá viendo la relevancia de lo neuroliterario en la trama galdosiana y entenderá el vigor narrativo y el poder didáctico que emanan de las descripciones clínicas, a veces pioneras por ser previas a las propiamente médicas.

Desarrollo

El realismo literario en el contexto histórico

Cuando hablamos de realismo literario nos referimos a un movimiento artístico que en nuestro país alcanzaría su apogeo en la segunda mitad del siglo XIX. Surgió como una reacción al idealismo romántico de las generaciones previas, que no daba respuesta a los problemas sociales derivados de la industrialización, con sus grandes capas de pobreza urbana. Por tanto, el asunto central de sus obras serán temas sociales, en los que las carencias, las deformidades y la enfermedad, ya sean en el ámbito individual o en el social, serán desvelados. A estos efectos, el novelista será como un espejo o como el ojo de una cámara, pues su pluma será fiel al modelo social o individual de caracteres que muestra. La fidelidad al modelo exigirá que la reproducción sea exacta, precisa y completa, a la vez que honesta y sencilla, para que todo el mundo pueda comprenderla, pues el lector potencial se amplía a las clases populares que estas obras reproducen con tanto esmero.

Nuestro movimiento se alejará del idealismo y la fantasía, de la trascendencia propia de los románticos, considerada incapaz de abordar y entender la realidad

social del momento. Los perfiles individuales y sociales se mostrarán con un registro de lenguaje que ha de ser coloquial y regional, casi magnetofónico, como es propio de la mimesis realista del modelo. El escritor se documentará en detalle para así poder hacer una descripción minuciosa de personajes y de ambientes, casi quirúrgica por su capacidad de disecar, revelar y de este modo denunciar las carencias de su espacio y tiempo. Veremos al individuo en su entorno y escucharemos lo que se ha dado en llamar la voz del pueblo. Quizás por esto Valle-Inclán, de la generación posterior, la del 98, llamó a nuestro escritor “don Benito el Garbancero”, por ese estilo de lenguaje propio de albañiles, menestrales y modistillas cuyo sustento principal era precisamente ese plato. Claro está, que al decir esto el del 98 no tenía en cuenta que en Galdós hay logros técnicos estilísticos de altura, como el desarrollo del monólogo interior, pues probablemente estaba más preocupado por la competencia en las tablas teatrales de un rival que triunfaba en su misma arena artística.

A las descripciones realistas no puede ser ajeno el progreso de la ciencia de esa misma época, en la que hay una ebullición de descubrimientos sin parangón en la historia de la ciencia y de la medicina^{1,2}. Nos referimos a avances como la aparición de la teoría evolutiva de Darwin con la publicación en 1859 de *El origen de las especies*, a la teoría bacteriana de Pasteur de 1860-1864, a la publicación de una obra cumbre para la historia de la medicina como *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claude Bernard en 1865, a la aparición ese mismo año de las leyes de Mendel que fundan la genética, a la consolidación de la Higiene y Salud Pública como disciplinas con entidad propia, al degeneracionismo de Morel de 1859, que aunado con la genética será el fundamento de una eugenesia que los escritores realistas supieron ver y denunciar, o al avance paralelo de la fotografía en estos mismos años. Esta alcanza todos los ámbitos, no sólo el de reporteros o periodistas, sino el de los departamentos clínicos de los hospitales, en los que disponer de la misma (junto a otras formas de grafismo) se constituirá en distintivo de rigor científico^{3,4}.

Apunte biográfico sobre Benito Pérez Galdós

Nuestro escritor (figura 1) no puede quedar al margen de los cambios revolucionarios que experimentan la ciencia y por extensión la medicina. No estaban lejanos cuando nace en Las Palmas de Gran Canaria en 1843. Era el hijo



Figura 1. Retrato de Benito Pérez Galdós realizado por Joaquín Sorolla, actualmente colgado en la Casa-Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.

menor de una familia de diez vástagos, que vivía de las rentas de propiedades en la isla tras la carrera militar de su padre, que luchó en las guerras napoleónicas y que sin duda influyó en la formación y vocación histórica de su hijo. Fue mimado por su madre, hermanas mayores y cuñadas, en un claro precedente de lo que serían las mujeres en la vida de un soltero seductor y amante hasta sus últimos días. Su primer enamoramiento, el de su prima Sisita, no podía ser consentido por su madre, que le envía a Madrid a estudiar Derecho en 1867. Nunca terminó esos estudios. Fascinado por la capital y su vida artística, se vuelve asiduo del Ateneo, por entonces en la calle Montera. Allí consigue sus primeros contactos, que serán decisivos en su trayectoria. Publica su primera novela —*La fontana de oro*— en 1870, con dinero prestado por su tía. Por entonces empieza a escribir los *Episodios nacionales*, que pronto serán un éxito editorial.

También a temprana edad inicia sus colaboraciones periodísticas, especialmente con la prensa argentina (*La Nación*), que mantendría durante muchos años y que serían fuente de ingresos regulares. En 1868 hace su primer viaje a París, donde se familiariza con el realismo y naturalismo francés del momento, formación que continuará con el británico Dickens, de quien llega a traducir una de sus novelas, y después con la obra de los grandes escritores rusos, que a la sazón daba a conocer en España a través de traducciones francesas su entonces amante, Emilia Pardo Bazán.

Siempre se consideró cercano al pueblo y denunció las enormes carencias de las clases desfavorecidas, de las que son trasunto muchas de sus novelas, siendo buenos ejemplos el capítulo “Visita al cuarto estado” de *Fortunata y Jacinta* o los trabajos infantiles en *La desheredada*. Llegó a comprometerse en política y a ser



Figura 2. Imagen de la inauguración en enero de 1919 de la escultura que representa al escritor, en el parque del Retiro de Madrid. Fue erigida por suscripción popular, con discurso de Serafín Álvarez Quintero. El escritor falleció justo un año después. Cada aniversario, el 4 de enero, se celebra aquí un homenaje. El de 2020, en el centenario de su muerte, congregó a la numerosa prensa y autoridades y fue el menos galdosiano de todos.

diputado por Sagasta entre 1886 y 1890, si bien él mismo confesaría que lo hizo más como forma de documentarse sobre la política que por auténticos deseos de intervenir activamente; de hecho, no llegó a pronunciar un sólo discurso. Fue representante republicano en Cortes en 1907, y en 1909 estuvo al lado de Pablo Iglesias en la dirección del partido entonces llamado Republicano-Socialista. Lo que aprendió en esos años se sigue en su obra, y especialmente en el *Episodio nacional* tardío *Cánovas*, donde denuncia las alianzas de intereses, falta de ideas y corrupción de los representantes populares.

Sólo tras un segundo intento fue elegido miembro de número de la Real Academia Española, en 1889. Su posicionamiento anticlerical —que no antirreligioso— le supuso atraerse enemigos poderosos entre el

conservadurismo católico. Le dificultaron entrar en la Academia e impidieron que su candidatura al Premio Nobel tuviera éxito con su bloqueo activo tras el estreno de la obra de teatro *Electra* en 1901; le fue otorgado a Echegaray en 1904.

Galdós fue amante y seductor durante toda su vida. Se ha dicho que los amoríos entre Fortunata y el señorito de Santa Cruz, parte argumental básica de la novela *Fortunata y Jacinta*, fueron en realidad una transcripción de los que por entonces sostenía el autor con una mujer del pueblo, representada por Fortunata⁵. Este dato no ha sido corroborando por otros prestigiosos biógrafos del escritor^{6,7}, aunque sí es conocido que tras regresar de sus escapadas privadas en ocasiones era esperado en la puerta de su casa de la plaza de Colón madrileña por

individuos de reputación dudosa que le reclamaban dinero, que por supuesto entregaba, pues siempre fue muy generoso en asuntos económicos, un manirroto según otros⁶. También es muy conocida su historia de amor con la actriz Concha Morel, mujer con una infancia particularmente difícil⁸, que probablemente influyó en su actitud rígida y retadora hacia Galdós, que le generaría enormes dificultades, alcanzando demandas económicas y judiciales. Pasó largas temporadas en Santander, huyendo de esos y de otros conflictos, en su casa, a la que llamó San Quintín, tristemente desaparecida. De Cantabria procedía Lorenza Cobián, con quien tuvo a su única hija, María. A ambas proporcionó sustento y techo, en la popular calle de Amaniel, en el barrio de Noviciado, bien lejano en su modestia de las lujosas zonas de Colón y Serrano en las que él vivía. Por eso se ha dicho que no las descuidó, aunque su apoyo no alcanzó el que merecían ni les dio el cariño que mostró por los hijos de otros famosos amigos⁶. Son muy conocidos sus amoríos con Pardo Bazán, una feminista adelantada a la que abandonó al saber de una relación fugaz de esta con Lázaro Galiano durante la exposición universal de Barcelona de 1888. Los más tardíos fueron con la vasca Teodosia Gandarias, ambos ancianos, con el escritor ya prácticamente ciego y cercana su muerte, en 1920.

Un año antes, en 1919, los hermanos Álvarez Quintero, junto al alcalde de Madrid, inauguraban en el parque del Retiro la escultura de Victorio Macho que le representa y que él mismo, privado de la vista, palpó con emoción hasta reconocerse (figura 2). Allí se celebra un homenaje anual al escritor en su aniversario, cada 4 de enero, al cabo de 101 años de su muerte y de su funeral, al que acudieron 30 000 personas, cifra que es buena muestra de su fama y prestigio ya en vida; sigue viva al cabo de un siglo y le ha convertido en clásico.

La enfermedad en la obra galdosiana

A efectos de describir la enfermedad y lo neurológico en el realismo galdosiano, tema de este artículo, conviene recordar que el autor se documentaba de manera minuciosa en aquellos temas que trataba. Por esto se considera un gran maestro para conocer la historia del siglo XX, que discurre por sus páginas modelando la vida de sus personajes; o la economía, que le permitiría hacer al entonces gobernador del Banco de España Luis Ángel Rojo su discurso de entrada en la Real Academia Española en 2003, centrado precisamente en un estudio de la misma a través de la obra de Galdós⁹; o la moda,

de la que es un buen tratado la novela *La de Bringas*, o el mismo funcionariado en *Miau*, con sus escalafones rígidos y sus maneras decimonónicas, congeladas y crueles para empleados y público. Así que no puede ser ajena a su obra la enfermedad, que, como buen realista, reflejará con el detalle fotográfico, de espejo, que citábamos atrás. Esto requiere de unas fuentes, que serían sobre todo los médicos amigos, y de la consulta de obras escritas, aspectos sobre los que trataremos después. Y por encima de todo de una capacidad de observación y de escucha que faculte al autor para reflejar de manera verista los rasgos que se corresponderán con trastornos clínicos precisos que, al límite, pueden llegar a aparecer en la literatura incluso antes que en la bibliografía médica propiamente dicha. Esto sucedió por ejemplo con el síndrome de Pickwick, que describió Charles Dickens de forma pionera en *Los papeles póstumos del club Pickwick*, o con la narcolepsia-cataplejía, que encontramos en la novela *Moby Dick* (1851) antes que la aportación propiamente clínica de Gelineau en 1880-1881¹⁰.

Esas cualidades son patentes en Galdós, en cuya obra se siguen multitud de enfermedades y trastornos neurológicos, de las que damos cuenta en la tabla 1. Algunas de ellas son tradicionales en la literatura médica y en los trabajos de otros ámbitos sobre nuestro escritor. A modo de ejemplo de lo citado, mencionaremos la sífilis, enfermedad muy extendida en la época de Galdós que alcanzó a multitudes en las grandes urbes, en las que la prostitución prosperaba en condiciones de extrema pobreza y hacinamiento. Es muy conocida la enfermedad en artistas famosos como Maupassant y otros¹¹, particularmente en París, donde se publican novelas que son casi una monografía de la epidemiología y clínica de la enfermedad¹², considerada tabú en nuestra sociedad, a pesar de su extensión. La promiscuidad del escritor no le eximía de haberla padecido, aunque todo se confabule para no tener constancia de ello: su celo en ocultar tanto su vida privada como sus cartas, el secreto profesional de sus amigos médicos y el hecho de que a la muerte de Gregorio Marañón, una de sus amistades, se destruyera su archivo personal de historias clínicas por indicación suya.

De lo que sí tenemos certeza y documentación es de la información detallada que poseía sobre la enfermedad. Esto queda patente en Maximiliano Rubín, el marido de Fortunata en la novela del mismo nombre. El escritor pone en él rasgos físicos y mentales que no dejan dudas al efecto. Nos describe un puente nasal plano,

Tabla 1. Resumen de patologías neurológicas descritas hasta hoy en la obra galdosiana.

Enfermedad	Novela: personaje	Autor
Migraña sin aura Migraña con aura Auras sin cefalea	<i>Fortunata y Jacinta</i> : los tres hermanos Rubín	L.C. Álvaro
Sífilis congénita	<i>Fortunata y Jacinta</i> : Maximiliano Rubín	H. Turner H M. C. Rodríguez Acosta
Esquizofrenia	<i>Fortunata y Jacinta</i> : Maximiliano Rubín	M. C. Rodríguez Acosta A. Garma A. Berná Jiménez
Miastenia gravis	<i>Tristana</i>	B. Morales
Parkinson	<i>Tormento</i>	L.C. Álvaro
Espasmo hemifacial	<i>Fortunata y Jacinta</i> : José Ido del Sagrario	L.C. Álvaro
Narcolepsia	<i>Miau</i> : Luisito Cadalso	I. Casado-Naranjo J. I. Fernández
Parálisis del sueño	<i>Fortunata y Jacinta</i> : Fortunata	L.C. Álvaro
Alcoholismo crónico Cirrosis hepática Encefalopatía hepática Pelagra	<i>Fortunata y Jacinta</i> : Mauricia la Dura	L.C. Álvaro
Epilepsia, pequeño mal	<i>La de Bringas</i> : Isabelita de Bringas	L.C. Álvaro
Síncopes y alteraciones de conciencia psicógenas	<i>Tormento</i> : Amparo <i>La de Bringas</i> <i>Fortunata y Jacinta</i> : señora de Santa Cruz	L.C. Álvaro
Hemorragia cerebral	<i>Fortunata y Jacinta</i> : Isabel Cordero	L.C. Álvaro
Apoplejía con hemiplejía y afasia	<i>Lo prohibido</i> : José María Bueno de Guzmán	L.C. Álvaro

una colocación y forma dentaria típicas, un probable aneurisma de aorta torácica y una disfunción mental que sumaba delirios de grandeza y religiosos, ideas obsesivas y delirios paranoides, con un curso episódico de estos. Por añadidura, su piel era delgada y lacia, su cabello fino y escaso, su madurez sexual pobre con 25 años. Había nacido prematuro, de una madre que tentadoramente el narrador nos hace suponer promiscua (cuenta que cada uno de sus tres hijos debía ser de distinto padre) y había sido amamantado por una cabra. Todos estos rasgos son muy sugestivos de la enfermedad y lo

suficientemente precisos para suponer que el escritor conocía la descripción que Hutchinson había hecho de la sífilis congénita en 1871, recogida ya en traducciones al español de libros de la época¹³. Se sabía de la enfermedad como causa de prematuridad y se encontraron niños, luego adultos, con estas deformidades en las incluidas de varias ciudades europeas y también de Madrid, como atestiguó el pediatra amigo de Galdós Manuel Tolosa Latour¹⁴. Se sabía que las matronas que amamantaban a estos niños podían transmitir la enfermedad, esta y otras infecciosas. De aquí que se aconsejara amamantarlos por

animales, aprovechando así la barrera específica que las distintas especies poseen para diferentes enfermedades infecciosas. Los animales más habituales eran la cabra, como el caso de Maxi, o la burra. También era conocida la asociación de la sífilis con lo que se denominaba ya “parálisis general de los alienados”, que Giné y Partagás había constatado en España poco después de la descripción aceptada como pionera de Fournier en París en 1879¹⁵, siete años antes de la novela de Galdós que retrata al Maxi sifilítico. Se atribuía a lo que se llamaba meningoencefalitis sifilítica o paquimeningitis intersticial con reblandecimiento cerebral. Los cuadros delirantes con esos rasgos, e incluso las cefaleas persistentes, especialmente en varones jóvenes y de manera casi patognomónica si cursaban con los rasgos físicos de la triada de Hutchinson, resultaban diagnósticos de neurosífilis en la forma de parálisis general. El tratamiento propugnado en la época era el bromuro de potasio, una droga que Maxi —él mismo boticario en formación— tomaba regularmente. No por casualidad, en la biblioteca de Galdós se incluía el *Libro médico azul* editado por Burroughs Wellcome, un tratado de terapéutica que especifica la indicación. Probablemente Fortunata se refería a él cuando en la novela recrimina a su marido, Maxi, que levara de manera tan insistente “esos librotos de medicina”^{15,16}.

Las cefaleas formaban parte del espectro de la parálisis general y la meningoencefalitis que se sabía la precedía o acompañaba. Así que algunos autores han interpretado que las cefaleas de los Rubín eran parte de este espectro clínico de la sífilis congénita con neurosífilis tardía^{15,17-19}. Sin embargo, nosotros no compartimos esta hipótesis. La descripción de las migrañas es precisa en su carácter episódico, en sus desencadenantes clásicos ya conocidos por entonces, en su carácter familiar o en su respuesta al sueño reparador o las medicaciones sintomáticas, incluida la ergotamina, entonces pionera, aspectos todos ellos descritos previamente¹⁶ y que sin duda el escritor conocía bien, como queda acreditado en las cartas con sus amigos el mencionado Tolosa Latour: está documentado en sus correspondencia, donde este señala el diagnóstico y le indica prescripciones tópicas; allí mismo queda constancia de la invitación de Tolosa a visitarle en su casa consultorio de la calle Atocha para presenciar un caso de sonambulismo²⁰, en la mejor tradición francesa de Charcot de las famosas lecciones de los martes a las que acudía “tout Paris”, a la manera de espectáculo teatral sustentado sobre sesión clínica ilustrada con la presencia

del propio paciente, las histéricas de aquel, de las que queda amplia documentación gráfica⁴, o los sonámbulos de Tolosa.

Las teorías científicas en Galdós

La enfermedad mental de Maximiliano^{21,22} fue descrita por Galdós mientras asistía en calidad de corresponsal de la prensa argentina (diarios *La Prensa* y *La Nación*) al famoso juicio del cura Galeote, que asesinara al primer obispo de Madrid, Narciso Martínez Izquierdo, el domingo de Ramos de 1886. Aquel sufría un trastorno delirante referencial y su enfermedad mental fue objeto de peritaje forense. De este crimen y de otros famosos como el de Fuencarral (1888) dejó constancia en su obra: su traslación se corresponde con el crimen de la novela *Ángel Guerra* y con los de *Realidad* o *La incógnita*. Por entonces estaban muy de moda la enfermedad mental y la psiquiatría forense, que en España lideraba Luis Simarro, con el que Galdós tendrá contactos, o el famoso Doctor Esquerdo, que fundara el sanatorio mental privado pionero de Carabanchel. Estas formas de enfermedad mental grave, que hoy encuadraríamos en el capítulo de las psicosis y la esquizofrenia, eran parte de lo que se dio en llamar enfermedades sociodegenerativas²². En ellas se incluían también la tuberculosis, el alcoholismo o la mencionada sífilis. Constituían los trastornos llamados degenerativos, de los que se hablaba tras la descripción de Morel de la teoría del degeneracionismo en 1857. Para este autor, la coincidencia de estas enfermedades en familias enteras, la mayoría de las veces ubicadas en los estratos sociales más humildes y llenos de carencias, hacía suponer que eran hereditarias. Los trastornos y taras, incluidos los morales como la prostitución y delincuencia, comúnmente asociados a estas familias y enfermedades, eran indicativos de su carácter hereditario. Como tales condenaban a las familias a la desaparición y eran una tara para la sociedad que albergaba a los degenerados, en aumento exponencial con el crecimiento industrial y urbano. Resultan evidentes las conexiones del degeneracionismo con la frenología o con la criminología de Lombroso, que pretendían extraer caracteres morbosos y propios del delincuente —un degenerado— a partir de sus rasgos craneales y físicos.

Galdós nunca compartió las tesis deterministas y pesimistas del degeneracionismo. Sus criaturas están dotadas de un vigor natural que las impregna también en la enfermedad y en la pobreza. Surgen destacadas por

sus rasgos humanos en una sociedad llena de carencias, en la que el lector entenderá enseguida que son víctimas. La historia familiar y genética es un rasgo en la trama narrativa que demuestra el conocimiento del escritor de la teoría degenerativa, especialmente en su novela *Lo prohibido*, en la que se despliega una descripción pormenorizada de padecimientos mentales y conductas extravagantes, incluidas las de algunos miembros afectos de ideación mística que raya lo delirante, todo en una saga familiar, la de los Bueno de Guzmán²³. Camila, Constantino o el personaje central de José María son ejemplos de ello. Este último perecerá por una apoplejía con hemiplejía y afasia, de las que aparecen recogidas una semiología rica y su evolución hasta la muerte. Las taras mentales y físicas que condenan a los degenerados se encuentran también en *El doctor Centeno*, novela dominada por la tuberculosis, que acaba con la vida del mismo. Otro tanto puede decirse del alcoholismo, que se sigue en diversos personajes pero que es especialmente ilustrativo en el caso de Mauricia la Dura, la amiga más cercana de Fortunata en la novela de ese nombre; Mauricia tiene conductas propias de alcohólico dependiente, sufre una probable pelagra, cirrosis, encefalopatía, ascitis y, consecuencia del fallo hepático, el fallecimiento. El ejemplo final de los males sociodegenerativos es el del mencionado Maximiliano, cuyo delirio le llevará al sanatorio mental de Leganés, con el que cierra la novela.

Justamente con Leganés abre otra novela, *La desheredada*, cuyo primer capítulo es un retrato magistral del ambiente de los enfermos mentales en el centro: sus pensamientos, relaciones, delirios y sobre todo el tratamiento cruel con contenciones o duchas de agua fría a presión, en un fondo de carencias materiales, humanas y sobre todo asistenciales^{15,24}. Tomás Rufete es el enfermo que guía al lector por el sanatorio, hermano a su vez de Isidora, afecta de un delirio de grandeza y víctima de prostitución. El escritor, como intelectual comprometido que fue, desvela las miserias de las clases más humildes, privadas a veces hasta de apellido, como ocurre con Fortunata, que con este detalle demuestra no ser nadie y a la vez ser todos, puro pueblo, al que tan cercano se sintió Galdós. Su estudio de lo clínico y lo neurológico le servirá como herramienta para sus fines realistas literarios, como decimos, llenos de denuncia social. En esta novela aparece el doctor Miquis, que veremos nuevamente en otras tres (*Tristana*, *El doctor Centeno* y *Torquemada y San Pedro*). La figura de Miquis es antítesis de las miserias humanas de los poderosos

que pueblan sus novelas, pues será revelado como sensible, cultivado, generoso, observador médico y social, abnegado y capaz de ayudar con celo y excelencia, virtudes que demuestran el aprecio de Galdós por los médicos y la medicina, a los que fue muy cercano.

Además del degeneracionismo, otra teoría en auge en su tiempo era el evolucionismo, que indudablemente nuestro escritor conocía y supo utilizar como trasunto estructural en una de sus novelas contemporáneas clave: *Miau*. Es esta una obra de 1888 en la que se muestra el mundo del funcionariado madrileño a través de las vicisitudes de un funcionario de Hacienda, Ramón Villaamil (nombre indicativo de lo común de este tipo, del que en la villa hay mil) y de su nieto Luisito Cadalso (hijo de Víctor Cadalso, un arribista triunfador que terminará condenado por sus actos, propios del otro funcionariado, el que asciende con su falta de escrúpulos). Villaamil será cesado falto sólo de unos días de ejercicio para tener derecho a su pensión vitalicia, con lo que se siente condenado a muerte. La novela discurrirá contando la lucha y las vicisitudes de Villaamil, secundado por su nieto, que ejerce de mensajero, para tratar de solventar la injusticia palmaria a la que la ceguera de la administración le somete. Él mismo se considera un funcionario ejemplar, lleno de proyectos, de lo que da cuenta el mismo título de la novela: *MIAU* por “moralidad, income-tax, aduanas, unificación de la deuda”, que define el plan de acción de Villaamil. En contraste con él, su yerno, Víctor Cadalso, es un triunfador sin escrúpulos en esa misma administración²⁵. Este choque se ejemplifica con términos e ideas de la teoría de la selección natural de Darwin, que trasladada a la literatura prueba que el escritor seguía las tesis de Zola sobre el naturalismo. El francés quiso dotar a la literatura de la fuerza experimental del método natural de la ciencia, que triunfaba en medicina (como en química o biología) tras la aparición en 1865 de la obra de Claude Bernard *Introducción al estudio de la medicina experimental*. Experimentar de modo natural con la vida y sus criaturas es lo que hacía Galdós, si bien sabía dotarlas de un hálito de vida que las hacía aparecer como seres de un mundo real, con sensaciones complejas, lenguaje preciso y sufrimiento físico y mental. Con *Miau* estaríamos ante el método experimental propio del naturalismo, en el que por añadidura se insertan ideas de la teoría evolutiva. Por esto hay en la novela numerosos rasgos de animalización, como las mujeres a las que llama “las Miau”, por su aspecto gatuno, o las percepciones finales de Villaamil,

ya desengañado y consciente de su situación de condena irremisible, que verá a sus colegas y vecinos con aspecto simiesco o felino, reflejo sin duda de sus rasgos de carácter, que les habrían permitido sobrevivir en una sociedad llena de injusticias y cegueras emocionales. Esta novela, a nuestro modo de ver clave, aunque Galdós la escribiera en cinco semanas y la considerara obra menor, destaca también por su semiología neurológica en el personaje de Luisito Cadalso, que sufrirá numerosos episodios de narcolepsia^{25,26}, en los que dialoga con un dios humanizado y trasladado a su plano incluso en el lenguaje. La difteria y sepsis de Posturitas, amigo muerto de Luisito, casos de alcoholismo, o que la madre del mismo Luisito hubiera muerto de una enfermedad mental completan los trastornos neurológicos y las teorías científicas en las que nada esta rica novela.

Aportaciones neuroliterarias de las novelas espirituales *Nazarín* y *Halma*

Entre los trabajos de Galdós pendientes de análisis médico neurológico están sus novelas espirituales, entre las que son especialmente relevantes *Nazarín* y *Halma*, firmadas en San Quintín (su casa de Santander) en mayo y en octubre de 1895, consideradas por él mismo dos partes de una misma novela. Resulta paradójico que en un escritor considerado anticlerical se hable de novelas espirituales. La contradicción no es tal si se tiene en cuenta que el anticlericalismo era una crítica hacia una iglesia anclada en modelos premodernos. Dictaba normas sociales y ejercía un poder considerado asfixiante para los racionalistas que, desde hacía al menos 100 años cuando se publican esas novelas (es decir, desde la llegada de la Ilustración), abogaban por la libertad de pensamiento y por una legislación autónoma, civil y no impuesta²⁷. Sin embargo, Galdós queda muy decepcionado por lo limitado de los logros sociales del liberalismo y su doctrina de maximizar el beneficio para que la felicidad alcance al mayor número posible. Así aparece recogido en *Nazarín*, donde el clérigo que así se llama afirma:

Los que se llaman problemas políticos, tocando a libertad, derechos, etcétera, están ya resueltos, sin que por eso la Humanidad haya descubierto el nuevo paraíso terrenal. Conquistados tantísimos derechos, los pueblos tienen la misma hambre que antes tenían. Mucho progreso político y poco pan. Mucho adelanto material y cada día menos trabajo y

una infinidad de manos desocupadas. De la política no esperamos ya nada bueno, pues dio de sí todo lo que tenía que dar^{28(p152)}.

Con este discurso de Nazarín se resume el escepticismo del autor en política, a la que poco después (1909) dedicaría parte de sus energías durante unos años. Estamos ante un escritor que con su literatura, a la que siempre confirió un valor pedagógico o didáctico, intentará mostrar el camino para superar las limitaciones de la organización social. Y en esos años lo hará precisamente con el espiritismo, es decir, con una búsqueda de valores morales auténticos en la doctrina religiosa católica más pura y sencilla. Esto es lo que representa Nazarín, un clérigo que bien puede ser considerado un don Quijote con sotana. Su propio nombre así lo indica. Se llamaba Nazario Zaharín, contracción de Nazareno, el que se dedica a Dios y al espíritu, y de zaherir, es decir, de atacar con intención y sarna, que es lo que le ocurrirá a Nazario en respuesta a su misión de salvador de débiles y desfavorecidos por los pueblos de la provincia de Madrid, como al caballero andante en La Mancha. De hecho, se nos describe como un moro manchego o un manchego con cara de moro. No obstante, este retorno a los valores morales auténticos que propugnaría con Nazarín se ha dicho que en realidad es una mimesis invertida²⁹, es decir, que lo que el autor estaría mostrando no es lo que es, sino lo que debería ser, el modelo a imitar, un paso más allá del realismo y naturalismo. Sea como fuere, Nazarín, un clérigo atípico, como Halma, una condesa también atípica a la que acompañará Nazarín en la segunda parte de la novela, se perfilarán como modelos en el curso de un viaje, que discurre por parajes de alma rural con sus acompañantes (dos mujeres para Nazarín) al modo de Sanchos, su entrega ciega al ideal de ayuda al prójimo más necesitado y hasta su consideración de locura, que si en don Quijote remite días antes de morir en Nazarín lo hará por decreto humano. En este viaje, que arranca de los arrabales de Madrid, en la calle de las Amazonas (distrito La Latina) y termina en un hospital situado entre la cárcel de Móstoles y el mismo Madrid (¿San Carlos?), la enfermedad y los trastornos neurológicos marcarán distintos momentos del camino y de la trama. A estos efectos, en *Nazarín*²⁸ destacamos los siguientes:

1) Síndrome confusional o delirium, que en un recorrido circular se encuentra al inicio de la novela y al final, cerrándola. Al comienzo será una de las escuderas de Nazario (Ana de Ara, llamada “la Ándara”) la que lo

sufra. Es una ladrona y alcohólica, acogida por Nazarín en su huida. Tras incendiar su aposento escapa y se hace una herida que se infecta, con fiebre alta. El escritor nos cuenta que “cayó en extenuación alarmante, con frecuentes colapsos y delirio”^{28(p57)}, y un curso fluctuante con mejora diurna “ya cerca del día, y hallándose en momento lúcido...”^{28(p58)}. El cuadro cura con vino, tanto en su aspecto confusional como en el de la misma herida cutánea. Queda pues claro la posibilidad de un factor alcohólico en el cuadro general de alteración de conciencia, a cuya resolución el magisterio del escritor añade un factor de expectativa, que hoy llamaríamos placebo:

Cayó en un letargo pesadísimo, del cual la sacó Nazarín, sacudiéndola la cabeza, para ofrecerle vino. ¡Ay, con qué ansia lo tomó y qué bien le supo! Después le aplicó a las heridas el mismo medicamento que empleara para uso interno, y tanta fe en esta terapéutica tenía la mujerona, sin duda por haberlo presenciado ejemplos mil de su eficacia, que solo con aquella fe, a falta de otra, se mejoró la condenada^{28(p62-3)}.

El cierre de la novela es escenario de un cuadro confusional más elaborado y rico en detalles. Muestra a Nazarín al final de su periplo, encerrado en el mísero calabozo de Móstoles con sus dos escuderas y con delinquentes, uno de ellos convertido a su causa. El cura manchego nos dirá en primera persona que tiene calentura, fiebre muy alta y “un tifus horroroso”^{28(p273)}. Experimentará alteraciones de conciencia y perceptivas en las que es destacable la apreciación del tiempo acelerado (“la mente y confusión de Nazarín llegaban a la mayor confusión y desvarío [...] En breves momentos Ándara le decía infinidad de conceptos”^{28(p272)}), del espacio distorsionado (“Vio la cárcel como una anchurosa cueva, tan baja de techo que no podía estar en pie en ella sin encorvarse un hombre de regular estatura”^{28(p271)}) y de las personas que le rodeaban, deformadas. Ocurría con uno de los ladrones (“El ladrón de iglesias se alargaba hasta esconder en el techo la mitad de su cuerpo; reaparecía como un volatinero con la cabeza para abajo”^{28(p272-3)}) y con sus dos aliadas. A estas las verá como parte de una escena exterior alucinatoria y delirante, en la que acabarían con un ejército de malvados que acuchillaban a Nazarín sin lograr matarle:

Delante vio a Beatriz transfigurada (...) hacia él venía un ejército de gente malvada (...) tras el primer grupo, aparecieron otros, y otros (...) aquel tumulto

(...) no le partió un cabello al bendito Nazarín, ni le hizo perder una gota de sangre (...) vio que de la parte de Oriente venía Ándara, transfigurada en la más hermosa y brava mujer guerrera que es posible imaginar (...) Atrás (...) yo puedo más y os convierto en polvo y sangre cenagosa^{28(p275-6)}.

Nazarín recupera la conciencia (“Acabose la visión y todo volvió a los términos de nebulosa y triste realidad”^{28(p277)}). Se sentirá especialmente debilitado y cercano a la muerte, deseoso de eliminar vanidades y en un nuevo lugar, solo (“¿dónde estaba? [...] fue como si recuperara el conocimiento después de un tremendo sopor [...] Estás en mi santo hospital [...] Descansa, que bien te lo mereces”^{28(p279)}). Si los rasgos descritos tienen criterios de síndrome confusional, merece la pena destacar además la habilidad del escritor para reflexionar sobre la realidad percibida, que cuestiona a través de la experiencia sensorial de Nazarín, como un auténtico pionero de la fenomenología y de las trampas de la conciencia sensorial que demostrarían la teoría gestáltica y la neurofisiología visual décadas después:

¿Lo que veía y oía era la realidad, o una proyección externa de los delirios de su fiebre ardentísima? Lo verdadero, ¿dónde estaba? ¿Dentro o fuera de su pensamiento? ¿Los sentidos percibían las cosas o las creaban?^{28(p271)}

2) Otros cuadros infecciosos: enfermedad febril y séptica en una niña de siete años, la sobrina de Beatriz, con las que esta, junto a su hermana, vivía antes de iniciar el recorrido con Nazarín. Sus condiciones de vida eran tan precarias que no sorprende el tifus de la niña, al que con término popular el novelista llama tabardillo; será de extrema gravedad, la imagen propia de una sepsis:

Vivían las dos hermanas en un bodegón ruinoso, próximo a una cuadra, tan faltas de recursos (...) si no tuvieran a la niña muy malita, con un tabardillo perjudicioso, que seguramente, antes de veinticuatro horas la mandaría para el cielo^{28(p111-112)}.

Tenía Carmencita el rostro cadavérico, los labios casi negros, los ojos hundidos, ardiente la piel y todo su cuerpo desmayado, inerte, presagiando ya la inmovilidad del sepulcro^{28(p117)}.

Algo hay de Galdós en Nazarín cuando este se atreve a cuestionar que, visto lo desesperado del caso (“Don Sandalio, el titular del pueblo, había venido tres veces y la última dijo que sólo Dios con un milagro podía salvar a la nena”) la familia llame a “una saludadora que hacía grandes curas”^{28(p116)}. Como hombre instruido y avanzado

que era, despreciaba la pseudociencia y el curanderismo, por lo que “Con severidad y casi con enojo las reprendió Nazarín por su estúpida confianza en tales paparruchas, exhortándolas a no creer más que en la ciencia”^{28(p117)}.

En su trayectoria se encontrarán con una epidemia mortal, en las localidades de Villamantilla y Villamanta, que el escritor describe de forma muy parca como de “viruela” (“¿Epidemia horrorosa y de viruela? Tremenda, sí señor”^{28(p166)}). Es más probable que se tratara de tifus o de cólera, por su incidencia en esas fechas, su alta mortalidad y su aparición en el propio Nazarín, en el final de la novela que acabamos de describir. Al narrador no le interesarán aquí los detalles, pues muy probablemente no los vivió y como escritor realista necesitaba de la documentación directa para transcribirlos. Utilizará la epidemia como recurso narrativo para contar la entrega abnegada de sus personajes. Al toparse con los vecinos del primer pueblo, que los toman por mendicantes, exclaman:

Aquí no hay más que miseria, muerte y desamparo (...) Soy el alcalde (...) aquí estamos solos yo y el cura y un médico que nos han mandado, porque el nuestro se murió, y unos veinte vecinos en junto, sin contar los enfermos y cadáveres de hoy, que todavía no se han podido enterrar^{28(p177)}.

3) Nazarín-Galdós es muy crítico con el pensamiento mágico popular y con las ideas pseudorreligiosas de posesión maléfica. Se muestra en estas líneas, en las que su escudera Beatriz y Ándara explican sus ataques de rabia, de aspecto epiléptico, que en realidad se corresponden con histerismo, como bien diagnostica el clérigo, atreviéndose a proponer un mecanismo y una terapia:

Le daban unos ataques tan fuertes, pero tan fuertes, señor Nazarín, que entre todos no la podíamos sujetar. Bramaba y espumajeaba, y luego salía pegando gritos, y pronunciando cosas que la avergonzaban a una (...) eso es tener los demonios metidos en el cuerpo (...) yo padecía lo que no hay idea, señor cura, y cuando me daba, yo era capaz de matar a mi madre si la tuviera (...)

Pues eso —dijo Nazarín— no es brujería ni nada de demonios; es una enfermedad muy común y muy bien estudiada que se llama histerismo (...) ¿Cómo se cura? Mucha parte tiene en ella la imaginación, y con la imaginación debe intentarse el remedio (...) Procurando penetrarse bien la idea de que tales trastornos son imaginarios (...) Persuádase usted de

que esos fenómenos no significan lesión ni avería de ninguna entraña, y no volverá a padecerlos^{28(p122-3)}.

Beatriz llega después a experimentar esos mismos ataques en una variante beatífica, placentera, que nuevamente cuestionará Nazarín:

Sentía como una satisfacción de sentirse mal, y el presentimiento de que iba a ocurrirle algo muy lisonjero (...) la presión torácica la molestaba un poco; pero compensaba esa molestia los efluvios que corrían por toda su epidermis, vibraciones erráticas que iban a parar al cerebro, donde se convertían en imágenes hermosas, antes soñadas que percibidas (...) tenía que reprimirse para vencer el impulso de abalanzarse hacia aquello que viendo estaba.

A don Nazario le oyó decir que desconfiaba de las visiones y que había que mirarse mucho antes de dar por efectivas cosas (él había dicho fenómenos) solo existentes en la imaginación y en los nervios de las personas de dudosa salud^{28(p176-7)}.

4) Un personaje con el que se topa Nazarín en su recorrido quijotesco es Pedro Belmonte, que como otros galdosianos se recuperará en otras novelas. En esta es un visionario místico, retirado de la civilización y entregado al culto religioso y a la vez al de sí mismo. Como don Quijote, que cuando se le mencionan damas sufrientes pierde su cordura brillante y se entrega al delirio, Pedro Belmonte vivirá experiencias similares con la religiosidad: “Cuentan que cuando le hablan de las cosas de la religión católica, o pagana, o de las idolatrías, si a mano viene, es cuando pierde el sentido, por ser esta leyenda y el revolver papeles de Escritura Sagrada lo que le trastornó”^{28(p165)}.

Se trata de un hombre ya maduro, en una edad similar a la que tenía Galdós al escribir la novela (52 años), que sufre por su memoria mermada; lo reconoce abiertamente, pues le causa cambios emocionales e irritabilidad: “porque has de saber que de algún tiempo acá la pérdida de memoria es el mayor suplicio de mi vida y la causa de todas mis rabietas”^{28(p146)}.

5) Las deformidades y malformaciones son una constante en la obra galdosiana, como un mecanismo espejo que refleja la monstruosidad y fealdad de los ambientes míseros de los que proceden. Así ocurre en *Nazarín*, en el que el personaje de Ujo tendrá rasgos de enano acondroplásico, en la mejor tradición de Velázquez. La deformidad será pintada también aquí con rasgos piadosos y humanizantes, rasgos que como en otros

deformes galdosianos los rescatan de la miseria material y moral de la que surgen:

Vieron en ella al más feo, deforme y ridículo enano que es posible imaginar (...) era también mendigo (...) le arrojaban los mendrugos de pan para verlos rebotar en su cabeza (...) la primera impresión que producía al verle era la de una cabeza que andaba por sí, moviendo dos piececillos debajo de la barba. Por los costados (...) salían dos bracitos de una pequeñez increíble. En cambio, la cabeza era más voluminosa de lo regular, feísima, con una trompa por nariz, unos pelos lacios en bigote y barba y ojuelos de ratón que miraban el uno para el otro, porque bizqueaban horriblemente. Su voz era como la de un niño (...) los que entraban en la iglesia sin tener noticia de aquella lastimosa equivocación de la Naturaleza, quedábanse aterrados viendo avanzar a tres cuartas del suelo una cabeza de gigante, y creían que era algún demonio escapado del retablo de las Ánimas benditas (...) Parecía que no, pero era un buen hombre, mejor dicho, un buen enano o un buen monstruo, el pobre Ujo^{28(p198-200)}.

Halma es la otra novela espiritual que queremos analizar. Es, como decíamos, la segunda parte de *Nazarín*. En ella el protagonismo recaerá en la condesa de Halma, tutora de Nazarín, aquí en un papel menos central, y tan espiritual como este tras el fallecimiento de su marido por tuberculosis ("Se le declaró al esposo una tisis, con tan graves caracteres que no era difícil presagiar un desenlace fúnebre en breve plazo"^{30(p50)}). Sin entrar en la trama, de cara a nuestro análisis nos bastará decir que la condesa será la encargada de tutelar a Nazarín, tras sentencia peculiar, con la que arrancamos las aportaciones neuroliterarias en esta novela:

1) El diagnóstico forense de Nazarín: el clérigo, entregado a su causa apostólica errante, junto a ladronas y otros individuos marginales que se le unían en su peregrinar, ya sabemos que termina encarcelado, enfermo en un hospital y, una vez curado, juzgado:

No encontraba la Sala en don Nazario Zaharín culpabilidad: la vagancia, el abandono de sus deberes sacerdotales, la sugestión ejercida sobre mendigos y criminales no eran más que el resultado del lastimoso estado mental del clérigo y como en ninguno de sus actos se veía la instigación al delito, sino que, por el contrario, sus desvaríos tendían a un fin noble y cristiano, se le absolvía libremente. Resultando del informe de los facultativos que repetidas veces le habían examinado, que los actos

del apóstol errante eran inconscientes, por hallarse atacado de melancolía religiosa, forma de neurosis epiléptica, se le entregaba al poder eclesiástico para que cuidase de su curación y custodia en un Asilo religioso, o donde lo tuviere por conveniente^{30(p170)}.

Se le etiqueta nada menos que de melancolía religiosa, variante de la neurosis epiléptica. Era tradición consolidada desde el primer cuarto de siglo XIX y en Francia que las formas de conducta no controladas por el sujeto, fueran violentas o no, ejecutadas sin deseo pernicioso y más aún si el contenido de las mismas era religioso, se correspondían con trastornos epilépticos. Se incluyeron inicialmente en la denominación de pequeño mal³¹. Galdós habla primero de melancolía, con la connotación grave de desidia o apatía que esto implicaba en la religión, pues en su origen habría una posesión demoniaca^{29,30}. Luego añade la etiqueta de neurosis epiléptica, que es suficientemente aclaratorio, teniendo en cuenta además que neurosis es un término que en la época no tiene un sentido psicodinámico, sino degenerativo, es decir, que se incluía entre los trastornos que marcaban a los sujetos por su ambiente y herencia, abocándolos a un deterioro considerado irreversible²³. Pues bien, la epilepsia y los trastornos mentales delirantes, sobre todo de contenido religioso, se incluían como decimos entre los degenerativos, por lo que se entiende que unas líneas después se diga del clérigo que "se hallaba en pleno delirio pietista, presa de la monomanía del sacrificio y de la muerte"^{30(p171)}. Con mentalidad neurológica propia de nuestro tiempo podríamos pensar que la religiosidad y pietismo de Nazarín, que Galdós llama monomanía religiosa, podrían corresponderse con un síndrome de Gastaut-Geschwind, pues son rasgos propios del mismo la hiperreligiosidad y la intensa vida mental y profunda, que lleva a propuestas para mejorar la condición humana. Completan el cuadro la rigidez de carácter, incapaz de salir de su ideación religiosa, que se vuelve repetitiva en un discurso ubicuo y sin fin para el sujeto. El síndrome completo suma hipergrafía y cambios de conducta sexual, con frecuencia en forma de hiposexualidad. Con el cura galdosiano no tenemos constancia de ninguno de estos dos últimos rasgos, aunque es indudable que reúne los otros tres y que estos pueden ser suficientes para el diagnóstico³². Podría así sumarse a las descripciones propias de otros trastornos epilépticos en la novelística galdosiana (ver tabla 1).

La conducta siempre disciplinada de Nazarín con la condesa, integrado plenamente en la vida casi monástica que esta establece en una propiedad de las cercanías de San Agustín del Guadalix, le harán merecedor al final de la novela de su nueva condición de cuerdo, como ocurriera con don Quijote: “informaré favorablemente, ¡si salta a la vista que está en su cabal juicio! Inteligencia clara como el sol (...) no tengo inconveniente en darle de alta (...) el señor obispo ha de confirmar mi dictamen”^{30(p316)}.

2) Infarto medular. Será víctima de esta patología Manuel Flórez, el segundo clérigo de la novela. Es de estirpe bien distinta a la de Nazarín, con un gran don de gentes y volcado en el apostolado de la conversación. Fracasarán en su intento de “normalizar” a Halma, a la que considera víctima de una entrega y aspiraciones espirituales desmedidas, influenciada por Nazarín. Flórez se hará consciente de la autenticidad del apostolado de Nazarín, que minimiza el suyo de puras relaciones y poder, impostado. Así que Flórez caerá de manera textual y metafórica. Textual por despreciarse a sí mismo, y metafórica por derrumbarse, primero en una auténtica caída, seguramente un *drop-attack* o ataque isquémico transitorio medular, y días después con un “derrame medular”:

Al llegar a su casa cayó redondo en el portal (...) levantáronle del suelo, y como cuerpo muerto le condujeron al cuarto segundo, donde vivía (...) acostáronle, y como media hora tardó en recuperar el conocimiento. El buen señor quería decir algo, y su lengua no le obedecía (...) después de algunas horas de reposo, pudo expresarse con mediana claridad (...) a la mañana siguiente la mejoría era bien clara^{30(p178-9)}.

Si este cuadro, agudo e ictal, puede sumar datos que incluyen una afasia transitoria, lo valoramos más por la caída, dado que pocos días después, aún encamado en su casa, sufrirá la lesión medular mortal: “El médico, que en mitad de esta crisis apareció, dispuso remedios que no tenían más objeto que hacerle menos dolorosa la agonía. La parálisis de la parte inferior del cuerpo era absoluta. El derrame se había iniciado sobre la médula, dejando libre el cerebro”^{30(p204)}.

3) Alcoholismo. Fue una lacra social en la España del escritor, así que por fuerza tenía que aparecer en su obra. Lo hace de manera repetida, en *Halma* hasta tres veces. Aunque aquí no exista un personaje alcohólico que despliegue las numerosas manifestaciones clínicas de la

enfermedad, como ocurría con la Mauricia de *Fortunata y Jacinta*, sí veremos las consecuencias sociales de este hábito:

Félix Mauricio era lo peorcito de la familia Halma-Lautenberg (...) Su carácter violento y quisquilloso, su exterior desagradable, y más que nada su inclinación irresistible a las libaciones alcohólicas, le hacían poco estimable y estimado de propios y extraños^{30(p56)}.

Mi buen Cecilio padece de una maldita sed que no se le quita sino con vino. Ya está tan cascado el pobre, que sería crueldad privarle de satisfacer su vicio. Durante el viaje, le permitirás que tome una copa por alguna de las ventas por donde pasen (...) con tres o cuatro copas de pardillo en todo el camino tiene bastante; pero nada más, nada más^{30(p198)}.

Don Pascual Díez Amador, administrador que fue de la finca (...) gordinflón paleta-señor (...) hombre de mejor diente no lo había en todo el partido judicial, con la particularidad notable de que no sabía ponerse tasa en la bebida (...) viéndose precisado a sofocar su enojo con copiosas libaciones^{30(p239-40)}.

4) Médicos y más diagnósticos de Nazarín. En el diagnóstico del infarto medular de Manuel Flórez veíamos aparecer al médico, que dictaba medidas terapéuticas de confort tras dictaminar la grave enfermedad y el infausto pronóstico. En cambio, Láinez, el médico de San Agustín, aparecerá mejor perfilado, como profesional y como autoridad local. Como profesional, generoso y caritativo: “Láinez, el médico de San Agustín, que iba dos veces por semana a Pedralba, a celebrar consulta para todos los pobres circunvecinos”^{30(p267)}.

Es precisamente en Pedralba donde la condesa de Halma establece lo que ella misma llama su ínsula, su pequeño reino regido por la caridad cristiana. Como tal ínsula, requerirá un gobernador, papel para el que se postulan sucesivamente el párroco de San Agustín (Don Remigio, el tercer religioso de la obra), Don Pascual, el administrador recién citado, y Láinez, que defenderá que “La dirección (...) respetando el parecer del señor cura (...) debe ser encomendada a la ciencia”^{30(p274)}.

Como representante de la ciencia, se verá obligado a opinar sobre la salud mental de Nazarín, respecto a la que, a pesar de haberse alineado con las tesis forenses oficiales que establecieran su locura y su condena, no podrá sino alejarse ante la evidencia de su conducta y razón, y con él los otros miembros de Pedralba:

Con mi amigo Láinez, el médico del pueblo ... figúrese usted nuestro asombro cuando le hablamos y advertimos en él discernimiento claro, serenidad pasmosa y una mansedumbre evangélica (...) Es muy extraño que no observemos en él ni el menor destello de delirio persecutorio, que es uno de los síntomas primordiales^{30(p219)}.

¡Locura la pasión suprema, locura la pasión del bien ajeno, locura el amor a los desvalidos! No, no (...) Yo sostengo que no y los sostendré delante del (...) juez (...) y del mundo entero^{30(p253)}.

Es particular. Vive como un santo; no ocasiona el menor disgusto, discurre bien cuando se le incita a discurrir, calla cuando debe callar, obedece siempre, trabaja sin descanso (...) ¿Ha notado usted indicios de aplanamiento cerebral? Ninguno. ¿Dificultad en coordinar las ideas, lentitud para expresarlas? (...) No señor^{30(p293-4)}.

5) Más histerismo. Ya hemos contado que en *Nazarín* el personaje de Beatriz sufría ataques pseudopilépticos, que el propio clérigo diagnosticará de histerismo. La misma Beatriz, que en *Halma* acompaña a la condesa del mismo nombre, “en los días de Pedralba no había tenido ni ataques leves de su constitutivo mal espasmódico, creyéndose por tan largo reposo completamente curada, sintió amagos aquel día, sin duda por las emociones violentas de su diálogo con la señora”^{30(p291-2)}.

Aquí será la propia condesa la que experimente el ataque, ante la emoción desmedida de una propuesta del mismo Nazarín:

Lanzó la condesa un grito gutural, y llevándose la mano al corazón, como para contener un estallido, cayó al suelo atacada de fieras convulsiones (...) en su desmayo, entre frases ininteligibles, doña Catalina pronunció con claridad la siguiente: “Está loco, y quiere volverme loca a mí”^{30(p306)}.

Los fundamentos del saber médico de Galdós

El saber de Galdós era el resultado de una capacidad de observación y escucha portentosas, pero también de un trabajo de documentación y búsqueda que eran minuciosos. Así se entienden sus conocimientos de historia en los *Episodios nacionales*, los de economía o los de la moda ya citados, y por supuesto los que nos ocupan aquí, que atañen al saber médico. Sin formación específica, dos son las fuentes fundamentales en las que se documentó: los libros y los amigos médicos, o ambos de manera simultánea.

Poco se conserva de la biblioteca original de Galdós. La mayoría se encuentra en la Casa-Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria, en la que fue su casa natal. Se encuentra catalogada y entre estas obras existen algunos textos médicos de mayor interés, como el *Tratado de patología interna* de Jaccoud, que le dedicara su amigo Tolosa Latour. En este libro se encuentran descripciones de enfermedades neurológicas como la migraña. El autor lo debió de consultar, pues están marcadas al margen y se siguen con bastante fidelidad en descripciones de *Fortunata y Jacinta*¹⁶. Otra obra dedicada, esta por el autor, Enrique Diego Madrazo, cirujano pionero por introducir las técnicas de asepsia de Lister en España, es la edición de 1888 de sus *Lecciones de clínica quirúrgica*, que pudo haber influido por ejemplo en la descripción de la amputación de la pierna de Tristana en la novela de este nombre, si bien es un libro apenas cortado y con muchas páginas pegadas. Merece la pena citar también el libro en dos volúmenes *Enfermedades nerviosas*, de Armangué y Tuset, en el que se citan enfermedades neurológicas y mentales presentes en su obra, y el *Libro médico azul*, un tratado de terapéutica de Charles Christie editado por la Burroughs Wellcome, que fue una especie de vademécum de su tiempo y que con toda probabilidad fue la fuente de las numerosas terapias que se citan en *Fortunata y Jacinta* por el personaje boticario de Maximiliano Rubín, como citábamos atrás. Se ha perdido buena parte de la biblioteca del escritor, entre la que es probable que existieran fuentes directas de enfermedades y terapias descritas en su obra.

Su amigo Tolosa Latour dirigió una prestigiosa revista médica del momento, *La Gaceta Médica*. Allí aparecieron anuncios publicitarios de obras de Galdós como los *Episodios nacionales* y trabajos del mismo Tolosa, prestigioso pediatra del Hospital del Niño Jesús, que fueron la fuente para citar enfermedades de la infancia, consejos de higiene y puericultura o instituciones como las gotas de leche. Hasta donde sepamos, falta una investigación pormenorizada y directa sobre esta revista y su influjo en la obra. Siguiendo los años de publicación y las descripciones de las diferentes novelas podrían documentarse los números que fueron fuente galdosiana. Esto mismo está mejor perfilado en otros ámbitos, como el crimen del obispo Martínez Izquierdo o el de Fuencarral, también citados aquí.

Finalmente, diversos médicos fueron sus asesores. Hemos hablado ya de Tolosa Latour, cuya amistad cercana queda acreditada en sus cartas. Conocía sus migrañas tan graves

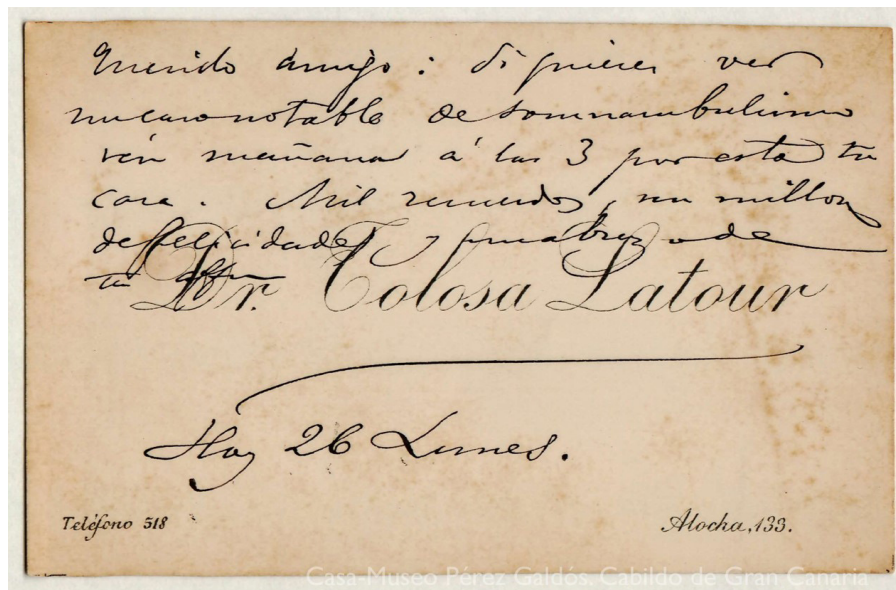
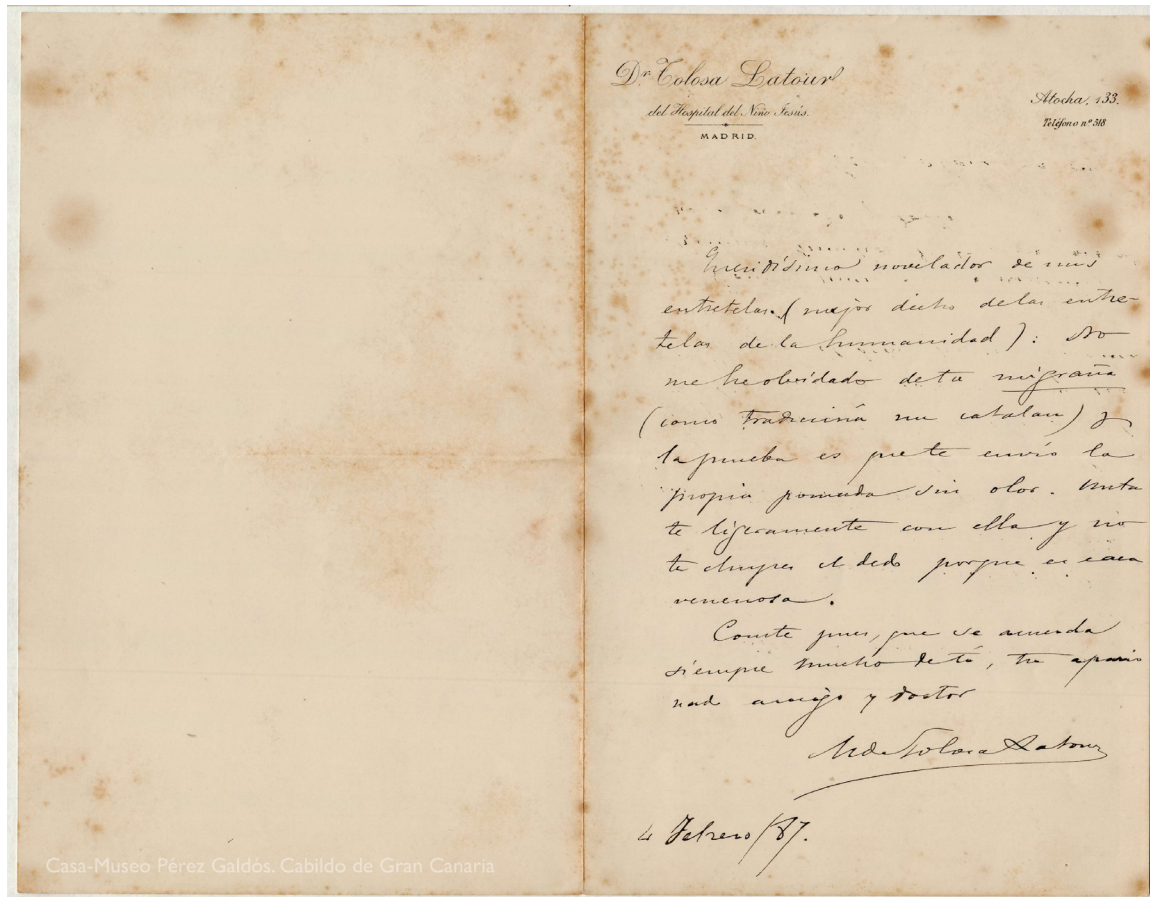


Figura 3. Correspondencia entre Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós. Arriba, en carta de 25 de febrero de 1887, el primero cita la migraña del escritor y le propone un tratamiento tópico. En la segunda, le invita a su domicilio de la calle Atocha a ver un caso notable de sonambulismo, en la mejor tradición de Charcot de las "lecciones de los martes".



Figura 4. El rostro de Galdós cadáver en su lecho de muerte, caquéctico, obra de Victorio Macho.

y familiares y le trató en más de una ocasión (figura 3). A su vez, Tolosa estaba relacionado, pues fue compañero y amigo, con alienistas tan prestigiosos como José María Esquerdo, con Luis Simarro o Victorio Garrido, algunos de los cuales intervinieron en la evaluación forense mental de los acusados en los famosos crímenes de Madrid, luego reflejados en sus obras y de los que él mismo enviaría material a la prensa argentina en sus años de correspondencia, material periodístico que a su vez está por analizar desde una perspectiva médica. Enrique Diego Madrazo, prestigioso cirujano, y Alejandro San Martín, pionero de la anestesia en España, debieron de haber contribuido a la información sobre técnicas quirúrgicas y anestesia cuando fueron invitados a su casa de Madrid¹⁵. Finalmente, el propio Gregorio Marañón, cuya amistad venía de una generación anterior, con el padre de este. Galdós pasó temporadas en su cigarral de Toledo, donde ambientó una de sus novelas espirituales,

Ángel Guerra. El doctor Marañón fue su médico personal. Lo que nos ha llegado de su historia médica es que era diabético, fumador empedernido y que en sus últimos años estaba casi ciego, por una catarata complicada con una retinopatía diabética. La ceguera le impedía escribir, de modo que sus últimas obras las transcribió al dictado su sobrino José Hurtado. Sufrió arterioesclerosis generalizada y lo que entonces se llamaba reblandecimiento medular³³, probablemente una estenosis de canal que, junto a la isquemia crónica propia de la arterioesclerosis, explicaría que en sus últimas salidas se desplazara en silla de ruedas (figura 1). El último año de su vida apenas salió, sólo dos veces, una de ellas la capturada por esa imagen. Se lo impidieron esas patologías y una insuficiencia renal crónica, que junto a una insuficiencia cardíaca y una hemorragia digestiva finales abocaron a su fallecimiento, el 4 de enero de 1920, cuidado en esas horas finales, y a la postre amortajado, por el mismo Gregorio Marañón (figura 4).

Agradecimientos

A la Casa-Museo Pérez Galdós (Cabildo de Las Palmas de Gran Canaria), por facilitarnos las imágenes de la figura 3.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Bibliografía

- Díez de Revenga FJ. Introducción. En: Míau. Madrid: Cátedra; 2007.p. 9-70.
- López Piñero JM. La medicina en la historia. Madrid: La Esfera de los Libros; 2002. La medicina contemporánea: siglos XIX y XX; p.435-664.
- Gilman SL. Disease and representation: images of illness from madness to AIDS. Ithaca (USA): Cornell University Press; 1994.
- Didi-Huberman G. Invention de l'hystérie: Charcot et l'iconographie photographique de la Salpêtrière. París: Éditions Macula; 2005.
- Berkowitz HC. Pérez Galdós: Spanish liberal crusader. Madison (USA): University of Wisconsin Press; 1948.
- Ortiz Armengol P. Vida de Galdós. Barcelona: Crítica; 2000.
- Arencibia Y. Galdós: una biografía. Barcelona: Tusquets; 2020.
- Documentos RNE [Internet]. Madrid: Corporación de Radio y Televisión Española; ©2021. Benito Pérez Galdós, un escritor comprometido con su tiempo; 21 feb 2020 [consultado: 20 ene 2021]. Accesible en: <https://www.rtve.es/play/audios/documentos-rne/documentos-rne-benito-perez-galdos-escritor-comprometido-su-tiempo-21-02-20/5519542/>.
- Aranda Aznar J. Luis Ángel Rojo y Galdós. Cinco Días [Internet]. 13 ago 2003 [consultado: 20 ene 2021]. Accesible en: https://cincodias.elpais.com/cincodias/2003/08/13/economia/1060887347_850215.html.
- Guilleminault A, Abad VA. Narcolepsy. En: Chokroverty S, ed. Sleep disorders medicine: basic science, technical considerations and clinical aspects. Filadelfia: Saunders Elsevier; 2017. p.377-396.
- Álvaro LC. Hallucinations and pathological visual perceptions in Maupassant's fantastical short stories: A neurological approach. J Hist Neurosci. 2005;14:1-16.
- Philippe CL. Bubu de Montparnasse. Madrid: Trama Editorial; 2006.
- Lancereaux E. La sífilis. Madrid: Moya y Plaza; 1875.
- Tolosa Latour M. El niño. Madrid: Imp. Gac. Universal; 1880.
- Stannard MW. Las bases científicas del saber médico en Galdós. Actas del Décimo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria. 2013;225-35.
- Álvaro LC, Martín de Burgo Á. Trastornos neurológicos en la obra narrativa de Benito Pérez Galdós. Neurología. 2007;22:292-300.
- Turner H. Creación galdosiana en el marco de la medicina. Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 2000;441-7.
- Rodríguez Acosta MC. Las enfermedades nerviosas en algunos personajes galdosianos. Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria. 1990;303-11.
- Fernández JI, Méndez Ruiz JA. Estudio de algunos sueños infantiles en Míau de Galdós: los sueños de Luisito Cadalso. Psicopatol Salud Ment. 2013;21:83-8.
- Schmidt R. Cartas entre dos amigos de teatro. Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones Cabildo de Las Palmas de Gran Canaria; 1969.
- Garma A. Jaquica, pseudooligofrenia y delirio en un personaje de Pérez Galdós. Ficción. 1954;14:84-102.
- Berná Jiménez A. La psiquiatría en Galdós: un recorrido por los personajes masculinos de la novela realista-naturalista. En: Arencibia Y, Gullón G, Galván González V, eds. La hora de Galdós. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones Cabildo de Gran Canaria; 2018. p.739-756.
- Álvaro LC. Lo prohibido: la teoría de degeneración en lo literario, lo biológico y lo social. Actas del Noveno Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria. 2012;162-175.
- Álvaro LC. "The Dispossessed": neurology and medical care in Spain in late 19th century through Benito Pérez Galdós. J Hist Neurosci. 2010;19:372-4.
- Álvaro LC. Míau: lectura desde la consulta del neurólogo. Isidora. 2011;15:19-33.
- Casado-Naranjo I. Galdós y el primer caso de narcolepsia descrito en España. Rev Neurol. 1996;24:1558-60.
- Cortina A. Ética mínima: introducción a la filosofía práctica. Madrid: Tecnos; 2020.
- Pérez Galdós B. Nazarín. Madrid: Alianza; 2016.
- Romero Marco A. Introducción. En: Pérez Galdós B. Halma: edición crítica de Álvaro Romero Marco. Sevilla: Ediciones Alfar; 2015.p. 9-43.
- Pérez Galdós B. Halma: edición crítica de Álvaro Romero Marco. Sevilla: Ediciones Alfar; 2015.
- Temkin O. The falling sickness: a history of epilepsy from the Greeks to the beginnings of the modern neurology. Londres: John Hopkins University Press; 1994.
- Benson DF. The Geschwind syndrome. Adv Neurol. 1991;55:411-21.
- Madariaga de la Campa B. Pérez Galdós en Santander. Santander: Ediciones Librería Estudio; 2005.